

CARLOS
M  **NSIVAI**S

DIOS
NUNCA MUERE
(CRONICA DE UN ECLIPSE)



Muere el sol en los montes
con la luz que agoniza
pues la vida en su prisa
nos conduce a morir.

Pero no importa saber
que voy a tener el mismo final
porque me queda el consuelo
que Dios nunca morirá.

Macedonio Alcalá: *Dios nunca muere* (Vals)
Letra de Vicente Garrido

La columna de fuego

El Observador resiente el paisaje. Si pudiese descifrar los mensajes que la Naturaleza disemina o esconde, no estaría redactando —con ese tecleo dubitativo de las consignaciones mentales— la crónica de un eclipse que aún no sabe si logrará asir, si conseguirá describir en forma mínima. La moda, imperiosa, ha decretado una Fiebre del Oro ensombrecible. Y el Observador se ha incorporado. Ya desde días anteriores se desbordó la tumultuosa estampida, la violenta caravana de luces altas y caballos de fuerza que advierte en Oaxaca el happening de la temporada, a la altura del mejor show de la televisión. Idealmente, el polvo de la carretera se inmoviliza sobre los cofres despintados, se asienta a manera de maquillaje sobre rostros convulsos, sobre las voces con que se estimula a los nobles automóviles que conocieron su auge en los años sin problema de estacionamiento/

/el polvo recae sobre la decisión de llegar primero;
la polvosa enmohecida decisión de llegar primero.

Y esa gigantesca excursión nacional, ese país que redescubre su vocación de boy scout, ese pic-nic solemne y móvil, se vierte en las carreteras y acepta llevar desconocidos, acepta la amistad súbita de los desconocidos, acepta que no es el momento para creer en la existencia de los desconocidos:

— de aquí al siete de marzo todos nos conocemos

Y el Observador registra la perdurabilidad de la Gran Familia Nacional, de esa unidad impalpable y férrea que lo incluye junto al profesionista y al obrero, que lo añade a las próximas festividades que proclaman la armonía del país.

—No te azotes, mídete.

La Voz de la Conciencia del Observador se aprovecha del lenguaje de la Onda. Tiene razón. Mientras sea posible, hay que suspender las imágenes previas, los almacenes mnemotécnicos donde se suele consignar y clasificar las reacciones vitales, las proposiciones ideológicas de aquí a la siguiente generación. La recomendación falla: el Observador no abandona su reiterada, circular, implacable crónica de lo que todavía no contempla. Ahora atiende el camino que conduce de Acapulco a Puerto Escondido y enlista las variedades de la flora, que luego no podrá comentar.

—¿Para qué? De esas descripciones se encarga en nuestra época la fotografía. ¿Cómo voy a mejorar a la Kodak?

La justificación no es convincente. Omite, por ejemplo, el vasto desconocimiento de este hijo de la ciudad en torno a la nomenclatura de plantas y de árboles. ¿Qué sabe de la botánica oaxaqueña? ¿Podría ubicar con rapidez el acahualillo, el achiote, el alfilerillo, el axocapaque, el codillo, el camalote, el palobobo, el mataperros, el culantro, la cuasia, el diente de león, el epazote de zorrillo, el guarumbo, la Hoja Santa, la ipecacuana del país, la mala mujer, la palma de cucharilla, la sensitiva, el xixobo? La vegetación no le resulta traducible ni lo estremecen las variantes del verde. Lo persigue su limitación de origen. Es consecuencia de las distinciones entre calle y banqueta (la llanura y el castillo de los antiguos, el azar y la jubilación de los modernos), del instinto cromático elaborado al escudriñar las líneas de los camiones. Del horizonte sólo ha extraído la esperanza del transporte. En su recuerdo, el verde siempre se asociará con la línea camionera Lagunilla-San Juan de Letrán; el azul con la línea Zócalo-San Lázaro.

Le corresponde entonces asumir el viaje con fijación arqueológica: ¿qué ha dejado el hombre a su paso, cuáles son las huellas de la presencia humana? Las más visibles, la carretera y la constancia de un proceso típicamente mexicano. El camino se compromete, los espacios disponibles militan: piedras, árboles, carteles, cerros de faldas tatuables y la fachada de la iglesia de Pinotepa Nacional se unifican en un solo criterio electoral.

Bundolo mata

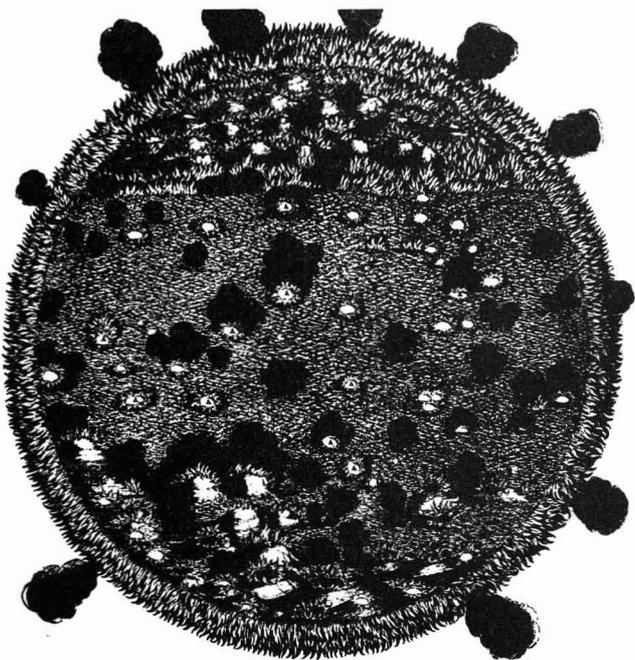
Se ha llegado a Río Grande, un pueblo a orillas del Río Verde. Primitiva, eterna, la panga, fuente de ingresos de Río Grande, ha variado tarifas: de cuatro a veinte pesos por coche transportado. Antes de que broten las fijaciones del Observador y su legado visual desentierre cocodrilos somnolientos, nativos en trance de perder una pierna y el gesto valeroso de un hombre en taparrabos apoyado en una liana, la vida ribereña se le ofrece, realista, como un haz de impresiones fijadas: más que cinematográfica, la miseria es atemporal. Esas chozas taimadas, con esas mujeres que calientan tortillas (al abrigo de la superstición gastronómica que indica como supremamente deleitoso lo más barato), con esas niñas de ojos interminables fugitivas de un cuadro de Diego Rivera, con esos perros de la desesperanza y ese borracho pintoresco que musita sin término la misma frase en inglés: —Ey, Míster, lend mi yur irs, lend mi yur irs, lend mi... bien pudieron ser consignados por Francisco Rojas González en sus cuentos antropológicos, quizás fueron asimilados por Emilio Fernández en las vivencias escenográficas de *La perla*. No puede haber gran variedad de cronistas en México. La serpiente se muerde la cola. ¿Qué tanto difiere la mentalidad observada por la marquesa Calderón de la Barca de la comentada por Manuel Gutiérrez Nájera de la elogiada por Salvador Novo? Las constantes del ser humano, dirá alguien. Otro enmendará: las constantes del ser colonial.

Viajero, detente

El destino manifiesto: Puerto Escondido, en Oaxaca. El Observador bien pudo elegir, para ese 7 de marzo en la mañana, a Miahuatlán, "la capital científica del mundo" según designación de sus propios habitantes. Pero Miahuatlán albergará a la nación, al todo México que acecha a cualquier hora la oportunidad de sentirse íntegro, sin deserciones, y el Observador (que intenta justificar su título a cada párrafo) no aspira a reseñar la

estupefacción del país. Ese asombro del Bravo hasta el Suchiate que se concentrará, se profesará en Miahuatlán, le es (de antemano) ajeno, como le es extraña la idea misma de una convención o un congreso donde el eclipse sea la porrencia y el país las deliberaciones.

Puerto Escondido es uno de los sitios más difundidos del turismo underground, de esa corriente subterránea que se inicia en el autostop, en los camiones de segunda junto a pollos y ancianos moribundos que en voz alta confiesan sus pecados, que se fatiga en las camionetas pe-recederas, y que se extasía en los mercados, en las chozas donde siempre queda un poco de cafecito ¿no gusta? El turismo underground continúa aferrado a la consigna: sé igual y fiel, fiel a tu espejo diario. Que ellos, los demás, no te modifiquen Suave Patria, que no vicien tu aire, que no empañen tu dicha que es la soledad. Como Yelapa en Jalisco, como Huautla y Puerto Ángel también en Oaxaca, Puerto Escondido es el paraíso recobrado: aquí no hay manadas de Wagon Lits Cook, ni ocasos que manche una risa blasfema del maitre al celebrar la ebriedad del cliente. Tal es la ilusión, la imposible ilusión de marginarse, de ignorar a las masas, a quienes viven de VIPS a Dennys, de los rápidos sándwiches de Sam's a las hamburguesas del Big Boy, de un Hilton a otro, de la compra del honor de una beautiful señorita a la disminución del machismo de un lancharo, de la cercanía de la casa de Merle Oberon a la contemplación fanática de la residencia de Liz y Dick. (Tómense fotos, perpetúese la adoración), Tepoztlán cedió su magia a los antropólogos. Acapulco y Puerto Vallarta le vendieron su fascinación a los hoteles, a los guías de turista, a las muchedumbres de Semana Santa, a las boutiques, a los niños de mirada ávida que se transforman en los beach boys de mirada ávida que se extinguen en los meseros de mirada (retrospectivamente) ávida, a los courts de tennis y a los night-clubs, donde la Gente Hermosa le regala su fascinación a los fotógrafos. Flash. Se robaron las playas. Flash. Le pusieron precio a la dignidad. Flash. Acapulco y Vallarta se han contaminado hasta lo indecible, hasta lo indeseable: cambiaron su potencia por traveler's checks. Y al cabo de estas admoniciones, el turista subterráneo se desplaza hacia Puerto Escondido y Puerto Ángel, y teme



que la severidad municipal torne inaccesibles Yelapa y Huautla.

El Observador ha leído en el camino un libro de José Lezama Lima y ha reavivado su contacto con esa enorme, sedentaria sabiduría de Patmos esquina con Trocadero (en la Habana Vieja). Relee los párrafos subrayados con el pulso incierto de los cien kilómetros por hora: "Lo único que crea cultura es el paisaje y eso lo tenemos de maestra monstruosidad sin que nos recorra el cansancio de los crepúsculos críticos." ¿Cómo interpretar el oráculo? Hay una como musitación délfica en Lezama que siempre fascina y contraría al Observador. ¿Qué ha creado el paisaje mexicano? ¿La cultura opresiva del Valle, la asfixia ceremonial que rodea a la Sierra o esa cultura de bahías y playas donde todo se condiciona para que esplenda a veinte o treinta o más dólares diarios, sin comida?

— Toda interpretación al pie de la letra rebaja.

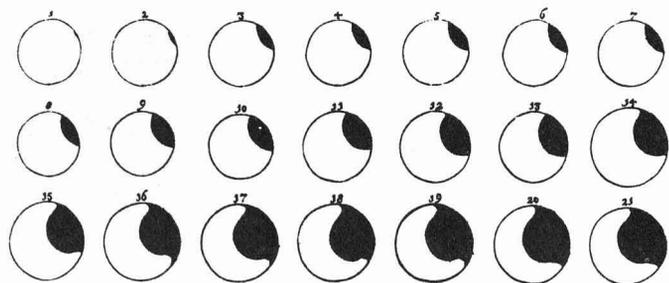
La amonestación del Id le impide al Observador descender las últimas gradas del sectarismo interpretativo. Lezama continúa: "El paisaje es la naturaleza amigada con el hombre." Y el Observador, lector lineal, despotrica contra Lezama: éste generaliza porque no ha vivido en México. La naturaleza mexicana ha sido adversaria, cómplice de traiciones, enemiga de la rebeldía. Ecrasez l'infame.

— Mira nomás qué cielo.

Sí, que padre. Aunque ideólogo convencido de la desdicha que la Naturaleza nos aportó como dote, a pesar de compartir el prejuicio contra los panoramas admirables (que invariablemente concluyen decorando las peores películas del mundo en el papel de contexto de un amor sublime), el Observador no alcanza a sustraerse de la influencia de una desnudez muy bien pensada, de un paisaje que no es deslumbrante, ni espectacular, ni glorioso, ni pródigo, sino simplemente paisaje. Ya recibirá en cuanto se filmen por estas tierras las primeras coproducciones y se levanten los grandes hoteles y se desencadenen los primeros crímenes internacionales y empiecen a adquirir los mejores terrenos los veteranos de Vietnam y el español comience a ser aquel idioma de los abuelos, ya recibirá el paisaje su dosis de adjetivos convenientes. Por lo pronto, sólo vale la pena.

Si Acapulco es Minnesota o Missouri con amaneceres de sabor latino, Huautla es San Francisco organizado en torno a María Sabina y sus descendientes. Ahí la llevan: la bahía y los hongos. Y Puerto Escondido, si no se cuida, terminará siendo Acapulco. Todavía falta, lo defienden la lejanía y la escasa divulgación y la carencia de un aeropuerto tan aséptico como los recientes de Mazatlán y Guadalajara. Y en su morosa complacencia de población de 3 600 habitantes, en su eficacia concentrada de única calle donde se funden y confunden hoteles y fondas y puestos de mexican baratijas y oficinas municipales y playas y rocas, Puerto Escondido recibe a los buscadores, a los rastreadores del Eclipse.





Las tribulaciones del buen salvaje.

Un campamento y sus vicisitudes. Trailers y remolques y hamacas y sleeping bags y tiendas de campaña y todo el suministro de precauciones que se iniciaron en los boy-scouts y concluyeron en los rotarios.

—¿No trajiste las latas de sardina?/ Préstame tu abre-latas/ consíguete unos vasos/ tráete los refrescos/ ¿para qué compraste este pan tan horrible?/ pon a calentar café en el termo.

Las invocaciones estallan como el principio de un rito. Hay que neutralizar el golpe de la Naturaleza, su petición secreta de virtudes que surjan en el choque contra la escasez. Robinson Crusoe no tenía tarjeta del Diner's. ¿Para qué las aptitudes engendradas por la necesidad? No hacen falta: de eso se encarga la civilización y la reflexión del Observador nació y se fortaleció en miles de artículos del Readers Digest y decenas de libros de Tihamer Toth y Constancio C. Vigil y cientos de programas radicales de Fulton J. Sheen (en la voz de Enrique Rambal).

¿Vale la pena renunciar a las conservas?

¿Vale la pena renunciar a los sleeping bags?

¿Vale la pena renunciar a la injusta distribución del ingreso?

En otros lugares, la recepción del eclipse ha sido entusiasta. En la ciudad de Oaxaca, las fuerzas vivas han articulado un júbilo que delinea las perspectivas políticas del suceso: es otro Domingo de Ramos cívico/ Bendito el que viene en el nombre del Señor. En San Andrés Tuxtla los brujos mexicanos organizaron su encuentro anual (sin manta de bienvenida en el Hotel del Prado ni gaffetes del Hotel Camino Real). En Miahuatlán cunden miles de turistas que aplaudirán la dádiva de fiestas, danzas, canciones y presencia de miles de turistas, científicos y personajes ilustres. En Miahuatlán se celebran los esponsales entre un pueblo sin diversiones colectivas (ajenas al fútbol y los toros) y una Naturaleza sin nociones espectaculares frecuentes (ajenas a los ciclones y los temblores).

En Puerto Escondido sólo se actúa la admiración eterna ante el paisaje, entidad que nos colmó de circunstancias antes de que lo rechazáramos. Por lo demás, ningún recibimiento singular. El Observador experimenta una leve decepción: los periódicos (a los que nunca da crédito) le han informado (y él, como siempre, lo ha creído) de una inminente convención de hippies o jipitecas —su variante específica— con volteretas esotéricas y vida tribal que ignora el temor de Dios. La realidad, o ese

caos que sus ojos absorben y a lo que no sabe si designar como realidad, aunque las apariencias sean dolorosas en esta su verdad poco romántica, le entrega un pueblo pequeño y visitantes de extracción tan múltiple como se quiera. ¿Pero una convención, una concentración a la manera del festival de Woodstock? ¡Ah, las reconstrucciones del apocalipsis a seis columnas a partir de los reportajes gráficos sobre el Greenwich Village!

La realidad es un robo. ¿Quién importó a estas familias modelo, a estos padres conmovedores que acarician una y otra vez el cabello de sus vástagos, a estos caifanes de vaselina y puro sentimiento, a esta excursión de secretarías y ayudantes del departamento de contabilidad de la empresa? ¿Quién atrajo estos comentarios irónicos, a este derroche de cervezas, a estos ciudadanos de moral iracunda que desdeñan a estos drogadictos y no dejarían que su hija se casara antes de su fiesta de quince años? ¿Qué no se dan cuenta de que su intervención destruye la noticia, impide la armonía? El Observador debilita su decepción contando jipitecas y la nutre censurando la febril intromisión de los sólidos pilares de la comunidad.

Llégame, De volada

Llégame. Si existe atención, las palabras adquieren sonido. El rumor del campamento mezcla murmullos. En momentos, es Hornos o Caleta, las playas convencionales de Acapulco a las seis de la tarde, con esa brisa exacta que recuerda el lunes próximo y los pendientes de la oficina. O son relatos, fragmentos de autobiografías que alguien comunica con la despreocupación de quien siente las vidas intercambiables.

—Dí una conferencia en la Fraternidad Universal que dirige el gurú Estrada, José Manuel Estrada. Rolan muy bien allí. El gurú es muy buena onda. Él está en el sexto círculo. Jesucristo en el séptimo y Buda en el octavo. No, no le gusta hacer las cosas para exhibirse. Él levita, resucita chavos, pero nada más delante de sus discípulos. ¿Que si quema? Nel, él es muy acá, siempre está arriba sin necesidad de un toque. Casi lo he visto levitar.

Llégame. Los murmullos erigen paredes, trabajan para forjar —en todos los sentidos— una atmósfera. Los gabachos o gabos (o gringos. *Nota del traductor*) se agrupan en torno de la eficacia de su civilización. Alguien lee a Lobsang Rampa. En cualquier momento, alguien lee a Lobsang Rampa.

—Debías leer un libro bien cotorro. Se llama *La mujer dormida debe dar a luz*. Es de un chavo Ayocuan. Él estuvo en el Tibet. Es un lung-gom-pa, es decir, se puede sumir a voluntad en un trance hipnótico y entonces se avienta largas caminatas a paso veloz, ya. Dice que hay un hilo de la evolución espiritual de la humanidad que durante la última Edad Histórica se desarrolló gracias a las culturas griega, bizantina, árabe y occidental y que la nueva cultura nacerá en México.

Los murmullos: un grupo de *cuates de la colonia*, de esa entidad de la clase media baja que decora los gimnasios, las vueltas ciclistas y las películas de Ismael Rodríguez, inventa una fogata y se prepara: "yo ya te iba a querer". Cantan con voces desafinadas, dulzonas, con un azucaramiento que contradice su frecuentación exhaustiva de los burdeles, cantan como cumpliendo la encomienda de una edad que viven y no habitan. *Pero me arrepentí, la luna me miró.* A su lado se escucha *Let it bleed* en un tocadiscos de pilas. Pero ignoran el

inglés y qué carajos, hay piezas muy bonitas y a uno le gusta tocar la guitarra. Y yo la comprendí. Me dijo que tu amor... Su expresión soñadora no oculta su verdad básica: se consideran anacronismos, mexicanos abandonados en México cuando todos los demás iniciaron la huida, criaturas nulificadas por el despegue. No me iba a hacer feliz. Agreden a sorbos una botella de tequila. Se animan con pequeñas disensiones, desearían irse ahorita a un salón de baile o a una fiestecita. Se saben nacos, se saben incapaces de memorizar "You can't always get what you want", se saben humillados por la pinche vida.

Conque mi jefe no hubiese sido tan pipa/Échate "La nave del olvido".

En el mejor de los casos se han venido en un coche dado al catre y se han pasado la mitad del trayecto caminando hacia la gasolinera, pidiendo un gato, arreglando las bujías, cambiando llantas, bebiendo cerveza caliente, mentándole la madre al mecánico de la Colonia Pensil que les aseguró que llegaban sin problemas/Estamos salados, chompa. Que me ibas a olvidar porque tú eres así.

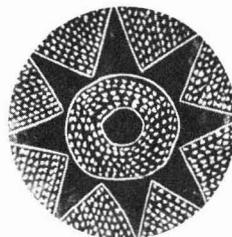
Una vez ante un médico famoso

Jueves en la noche. Antevíspera del eclipse. En la playa, un grupo convocado por una identidad y una fogata:

Y es por eso que vine a cantar
aunque es cosa que no sé,
que siga, que siga el gusto
y que viva Ometepec.

Podían ser también de Pinotepa Nacional, de San Sebastián Ixcapa, de San Pedro Amuzgos, de Santa María Zacatepec, de Putla y de Copala, de Cacahuatpec, de Tuxtepec, de la Cañada, de Juchitlán, de Huajuapán de León, de Yosocuta, de Marcos Arteaga, de Tonalá, de Juxtlahuaca, de Ixtepec, Ixtlatepec, Espinal. Poseen orgullo local y lo manifiestan. Ahora entonan "Pinotepa".

—Es de Álvaro Carrillo, compadre. Él era de Cacahuatpec, en la Costa Chica. Le pusieron su nombre a



la calle principal del pueblo. Es que era un gran compositor.

—Como Macedonio Alcalá, el de "Dios nunca muere". Y como José López Alavés, el de la "Canción Mixteca" también de Oaxaca.

Una maestra joven se levanta:

Cuando estaba solo, solo en mi cabaña
que construí a la vera de la audaz montaña,
le rezaba al Cristo de mi cabecera
pa que de mis penas compasión tuviera.

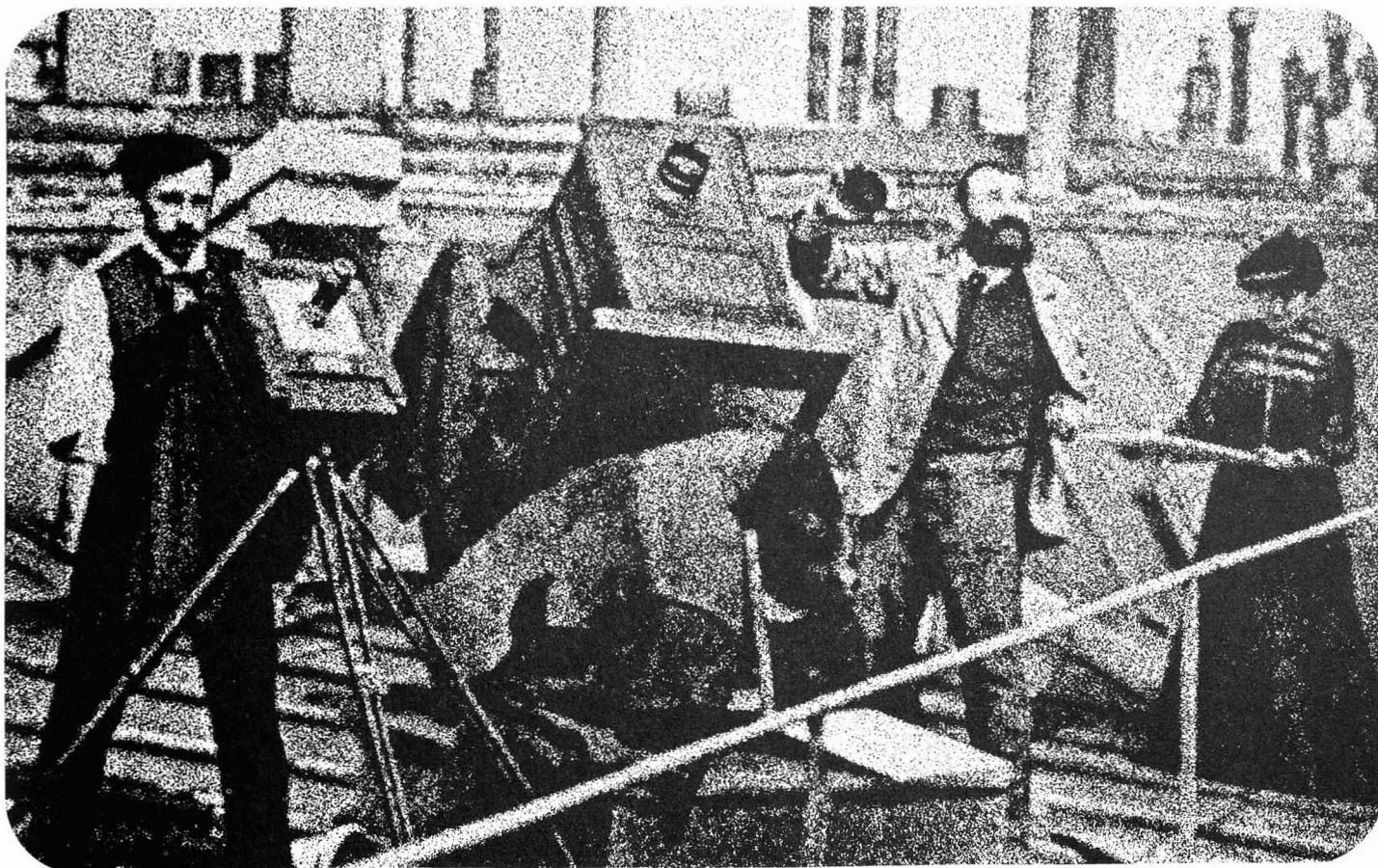
Y el Observador atiende la obra maestra de Rubén C. Navarro y se pregunta si habrán visto la película con Luis Aguilar. Sigue "La Llorona" y antes de "Xunca" otra maestra asume, con la misma cortante tajante vibrante voz "Reír llorando" del Cantor del Hogar. Viendo a Garrick, actor de la Inglaterra. México se divide en 29 estados, 2 territorios, un Distrito Federal y docenas de países y de épocas históricas. ¿En qué siglo viven los triques? ¿Qué década habitan los admiradores de Juan de Dios Peza? ¿En que país se mueven los entusiastas de Crosby, Stills, Nash y Young?

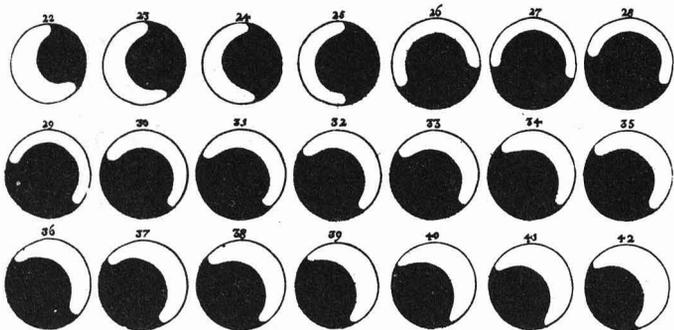
A unos pasos, unos chavos colocan un cartucho de Led Zeppelin en su grabadora.

A unos pasos, el señor de la camisa blanca le señala un grupo a su mujer:

—Tú verás lo que haces, gorda, pero Juanito no me va a andar en esas fachas.

En lo alto de la pirámide, los muchachos fuman marihuana.





No queremos el eclipse. Queremos revolución

Viernes 6, en la tarde. Por la playa desfilan unos chavos con turbantes y caftanes derivados de sábanas y cobertores. Llevan cartelones de protesta:

Paz en el Medio Oriente / Queremos la Paz / Stop the War in Vietnam / Freedom to Political Prisoners.

Son ocho o diez y se manifiestan como orgullosos y felices, con la alegría de quien predica la buena causa un día antes de la hecatombe universal. A los pocos minutos llegan noticias.

—Les echaron dos pelotones y los dispersaron. Se echaron a correr como locos.

—Son unos desalivianados. No debieran hacerlo. Aquí hay chavos que estuvieron en el Movimiento Estudiantil y los podrían apañar de paso. No se midieron.

En la mañana, unos soldados detuvieron a dos jóvenes que fumaban marihuana en la playa. Unas damas compadecidas le exigen ahora al Observador que investigue el hecho en su carácter de poseedor de credenciales. Acude en tímido plan inquisitivo y al presentar su escuálida identificación de prensa obtiene un trato diferente, deferencial.

—No, amigo de la prensa, lo que pasó no tiene importancia. Ya van a salir estos muchachos. Cosas de ellos, muchachadas. ¿Quién no hizo alguna burrada en esos años? Y además, no queremos echarle a perder su eclipse a nadie. Ya salen.

Abandona la presidencia municipal y contempla la tarde de ese viernes prologal. Va hacia la playa y se suma a la espera, a la falta de prisa en un medio sacudido por la invasión. Con mucho, la gente más interesante es la de la Onda. No tienen competencia, por otra parte. Simón. Interesante no por su ideología previsible o por su conducta folklórica, sino porque más allá de las burlas, las caricaturas, la persecución incesante, su valor como ejemplo negativo, el-los-el chiste sobre el unisex, las referencias a Charles Manson, los comentarios redentoristas de los sacerdotes de la televisión, las declaraciones en su contra de la Juventud Popular Socialista, la industrialización de sus hallazgos a cuenta de novelistas y revistas para jóvenes; porque más allá de todo esto, y de las comparaciones con los bohemios de principio de siglo, se encuentra un grupo que, de modo evidente, se niega a pertenecer a la Gran Familia Nacional. ¿La parábola del Hijo Pródigo?

Nel, mídete.

Simplemente otra onda, muy distinta, la Onda con mayúscula, que se inició cuando alguien aquí y allá trajo las letras de las primeras canciones de Bob Dylan y decidió que los tiempos están cambiando, que se inició cuando regresaron de Frisco los primeros jóvenes y vinieron las migraciones de gabachos y los chavos palparon el rock y quemaron mora o marihuana por vez primera y adquirieron posters de Allen Ginsberg y el Che Guevara y usaron botones de protesta y le cayeron a Dylan y a los Rolling y quemaron mostaza o marihuana y la tierra estaba desordenada y vacía y compraron la prensa underground de California y se sintieron drop-outs y nadie volvió a decir “destripado” para significar un abandono de carrera y vió Dios que la luz era buena y quemaron café o marihuana y se sintieron macizos y fue la tarde y la mañana del quinto día y descubrieron frente a ellos a los fresas que utilizaban la onda ética para entonarse en la fiesta de graduación y que ni a drop-outs llegaban y fue la tarde y la mañana del sexto día. Y la Onda se traduce en emanaciones y vibraciones y sustitución de las palabras con las ondas. El rock ha sido escuela, universidad. Y ahora están en su tercer o cuarto año de rock ácido y hablan Jimi Hendrix o Rolling Stones como antes hablaron Cream o Traffic o como jamás dijeron cosa alguna en Monkees o en Archies.

—El rock es un orgasmo, chavo. Pero no una vulgaridad o un llegue, sino algo más pausado, más rítmico, como un *a-toda-madre* dicho con gozo en lo alto de un banquete. Simón. Janis Joplin es un pasón. Tom Jones es un saque de onda.

La Onda es su horma. La horma, la concepción de las reglas precisas a que todo rostro debe atenerse, varía. Pueden traer la greña al tope o media greña o estilo Melchor Ocampo o estilo Sitting Bull o a la Jerónimo o nada que los distinga, excepción hecha de su vocabulario. Cualquier cosa, menos la horma satisfecha, complacida, bienamada, la horma que rezuma el inmenso cuidado protector que un hombre de porvenir le debe al rostro que presidirá su madurez ya le va.

De la crítica como un saque de onda.

Los apañó la tira. Los capturó la policía. La tira, la tirana, la tiranía. De la Onda emerge un slang, una germanía, el lenguaje de una subcultura que pretende la comunicación categórica. El Observador recuerda que en el fondo de todas las jergas, de todos los calós, de todos los dialectos urbanos, se encuentran el sexo o la droga. Dioses intolerantes, mayúsculos, el sexo y la droga engendran y remozan las palabras. De un modo u otro, son dioses de la apetencia y el deseo, de la evocación de la apetencia y la solicitud del deseo. Un slang es una complicidad, el habla de una subcultura es una complicidad divertida. Por eso, la comunicación de la Onda difiere tan radicalmente de la comunicación elaborada a partir del discurso de Gabino Barreda en Guanajuato en 1867:

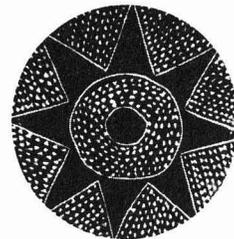
(“La ciencia... debía primero ensayar acrecentar sus fuerzas... hasta que poco a poco... fuese sucesivamente entrando en combate con las preocupaciones y con la superstición, de la que al fin debía de salir triunfante y victoriosa después de una lucha terrible pero decisiva.”)

Frente al ánimo pétreo de un lenguaje que ha abdicado de la tensión para adherirse a la distorsión, el ritmo pendular de la vida mexicana ha encontrado en esa regocijada

decisión lingüística de la Onda, su equilibrio y su escape. Lo contrario de la seguridad del término *orden*, es la diversidad infinita del término *onda*. A ese lenguaje institucional sin vacilaciones, sin dudas, programático, que se hace sentir como el fortalecimiento de una clase en el poder o el auge de una confianza represiva, opone este apenas lenguaje de sí y no, de simón y nelazo, no una certidumbre sino una conducta: abstenciones, huida ante la contaminación de la metáfora, reducción de la importancia de la palabra, que actuará en lo sucesivo como emisario de las vibraciones o los enarcamientos mentales. El match se declara: de un lado la *trascendencia*, el discurso elaborado por la sociedad mexicana que exige la atención de la Historia, el respeto de los demás países, la bendición de Dios y de los símbolos de la nacionalidad y de los demás conciudadanos. En la otra esquina, la *inmanencia*, esa garantía del Ser, sitiado en su epidermis por dioses finalmente asibles.

Tirar la neta: decir la verdad (se le pueden agregar mayúsculas). *Tirar la onda*: enfatizar las potencialidades, los atractivos, las conveniencias de una actitud que sólo superficialmente puede confundirse con propaganda de enervantes. Lo que separa a la Onda de sus adversarios, los fresas, no es pese a todo, tanto lo que consumen como lo que pretenden evitar. Pretender evitar —con esa obviedad ideológica que una originalidad existencial redime— la comunicación hecha de seguridades, de exordios y remates, de responsabilidades asumidas y responsabilidades transferidas, de ceños que van adquiriendo jerarquía y diálogos que sólo reproducen otros diálogos que alguien, muy importante, algún día celebró. El Observador (que a cada cuartilla que transcurre se siente más en deuda con Mailer y con Paz) no cree en la Onda, no entiende la Onda sino como un problema que él soluciona con teorías, no con actitudes. La encuentra muy informe, celebrante rudimentaria de un estado de gracia que no se produce en los países en vías de desarrollo. Le reprocha ciertas herencias: el antiintelectualismo (no leen), la idea común del latinoamericano sobre el artista (son improvisados), el romanticismo que no se acepta (suelen ser cursis sintiéndose profundos). Califica de ingenuas sus producciones, de elemental su visión del mundo, de mínimo su poder de rechazo.

Y una vez delimitadas sus objeciones, el Observador se duele del papel asumido. Ante la Onda, o mejor ante los cientos de chavos que la viven, la atribución del papel de juez es inadmisibles. Para eso, sobran fiscales, sobran sentencias inapelables. Y se proyecta la previsible suspensión de juicio hacia quienes intentan vivir de otro modo, en otro país que es este mismo. Cuando uno dice *Simón* o *Nelazo*, aun cuando de inmediato construya en su derredor otra retórica aprisionante y mutiladora, por lo menos no asciende a un estrado, no está reconociendo en el aplauso o en el servilismo ajenos, no se eleva en escala social alguna. Cuando uno consagra el dilema existencial *azotarse* o *alivianarse*, puede ser maniqueo, sectario, burdo, pero, por lo menos, encomia como disyuntiva posible las actitudes existenciales, no las posiciones competitivas de triunfo o derrota. *Por lo menos*. El atenuante existe para evitar un rendimiento absoluto, para impedir la adulación a una forma de vida que se aproxima quizás de modo inconsciente a la libertad. ¡Ah! El Observador quisiera emitir una crítica fulgurante que enfatizase las distancias que le separan de la Onda, que le augurase un sitio de privilegio, un halo de serenidad, que le evitase la inútil complacencia de quien toma partido por los derrotados.



Elogio del Aliviane

Delinear la idea de azotarse, para un conformista convicto y confeso como el Observador, es más o menos fácil. Azotarse es pertenecer: a un modo dictatorial de vida, a un sistema de tarjetas de crédito, a esquemas cerrados de conducta. *Azotarse*, en esta definición tremendista que otorgan sin palabras los pobladores de la Onda, es aliarse a formas vencidas, es negarse ante lo nuevo, es aferrarse a una sola de las rendijas desde las cuales México contempla, creyéndose parte activa, a la cultura de Occidente. Los solemnes se azotan, los prejuiciosos se azotan, los exagerados se azotan, los represores se azotan. Azotarse es caer al suelo, abdicar de las alturas, rehusarse a la percepción amplificadora.

Describir lo opuesto es más difícil: ¿quiénes se alivianan? ¿Y que significa alivianarse? Se desencadenan trazos vagos, imágenes inciertas: *alivianarse* es recuperarse como ser humano (*desenajenarse* dirían otros), quitarse el peso, despojarse del lastre, negarse a la intolerable ley de gravedad de la sociedad en que uno se inserta. ¿Y qué pesos o qué lastres habrá que tirar por la borda? El lugar común de la Onda se interpone en el camino de las aclaraciones: hay que deshacerse de los prejuicios, de la incompreensión, del deseo belicista, de la intolerancia. Entonces: ¿alivianarse es reconocer con fórmulas la justicia de las causas justas?, ¿alivianarse es predicar slogans?, ¿o alivianarse es nada más, el puro hecho físico de entrar en onda? El Observador está siendo injusto. Percibe (*palpa*, dirían los chavos) que en lo inexpresado, que en lo no dicho se encuentra la definición más conveniente de alivianarse. ¿Mas como incorporar a una crónica silencios y ademanes brevísimos y actitudes y biografías enmendadas y desafíos vitales? Alivianarse es...

Y ya para cambiar de tema, ¿no nos dice qué es Onda? El Observador se había pensado exhaustivo. Levemente molesto, quiere complementar: el término *telepatía* puede ser peligroso, pero en rigor ¿qué significa Onda? Algo distinto, sugieren de inmediato los afiliados a ese organismo vasto, impreciso, ambiguo, inhóspito, hospitalario que es la Onda, una de cuyas ventajas, en función de su desarrollo y de su emplazamiento, es su cabal inexistencia, presente y pretérita. No hay Onda como hay centrales de trabajadores; no hay Onda como hay Confederación Nacional de Organizaciones Populares. Se dan jóvenes que fuman marihuana, se dan jóvenes que oyen rock, que viajan en ácido, que se entusiasman con Eric Clapton, que se dejan crecer el pelo, que usan ropa de gamuza, que toman mesalina, que toman peyote, que toman hongos. La Onda es un rechazo, a muy diferentes niveles y contratando riesgos muy variados. La Onda es un estado de ánimo. La Onda es un chance que sí. La Onda es una complejísima realidad que, hablando a la mexicana, nomás no existe.

La Hora Señalada

Y una diana deposita la tarea del despertar en el oxígeno abundante de una banda local que, contrariando los es-



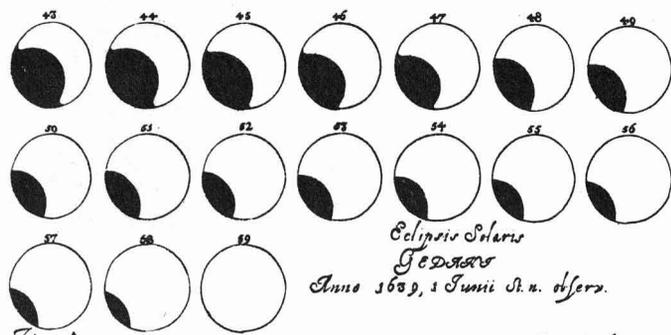


Fig. A.

Autor Scully, et.

quemas musicales en uso a partir del primer sátiro adueñado de una flauta, se enseñará durante media hora con tambores y trompetas. El Día D ha llegado. Y la Fiebre del Eclipse modifica su disposición y accede a la metamorfosis: cientos de lanchones aguardan el desembarco en las playas de Normandía. Los relojes se ajustan y se ultiman los preparativos. La gente va usurpando posiciones, desplazando a ninguno del sitio de todos. Los grupos de la Onda se distribuyen. Hay una sola consigna: los viajes ilustran. Y el fenómeno propicia el aliviane, la cortesía, el tratamiento de calidad para el eclipse, esa excepción de la regla que se ha vuelto un culto, efímero y eterno, eterno y efímero. La era de Acuario, el retorno masivo a la sabiduría que no requiere de laboratorio, intuye en esa velación solar un símbolo, un signo. Y con los ojos depositados en un punto del infinito, con bondad supernumeraria, con el rostro distendido o concentrado que pregona el ascenso de la percepción, la población flotante de Puerto Escondido se distribuye, ocupa los cerros y la playa, se hunde, colectivamente, en el seno de la estupefacción.

Y da principio el conteo implacable. Son las nueve y media y en Miahuatlán los locutores de televisión magnifican su inepticia y denostan a los hippies y su decisión de exponer el eclipse a los efectos malignos de las mujeres embarazadas.

—“Esto es un sacrilegio. Esto, amigos televidentes, es una blasfemia.”

No hay caso. De México se ha ido el demonio, se ha ido el espíritu del mal y eso ya es noticia antigua. Ese aire pesado, irrespirable, ese smog anterior al smog, denso y cerrado, refiere la inexistencia del cielo y del infierno, de las recompensas y castigos en otra vida. No hay blasfemia porque no hay bienaventuranza; no hay sacrilegio porque no se da la posibilidad del milagro. Y el gloriador telegénico del universo insiste:

—“Dan ganas de arrodillarse y rezar. Dan ganas de llorar.”

Esto, naturalmente, se ignora en Puerto Escondido. Lo que tal vez sería previsible, es que en el esplendor del eclipse, alguien voceará

¡VIVA MÉXICO!

como única solución posible. Un sistema educativo al margen del silogismo y borracheras interminables y peregrinaciones llagadas hacia la Basílica y los cursos de verano que nos compensan de la pérdida de Texas, culminan en la primera y última afirmación: ¡VIVA MÉXICO!, antes

y después de los acontecimientos portentosos, de rodillas ante la Morenita, en el asombro del despojo, por encima de la Naturaleza o previamente o a su lado. Sí, la Naturaleza y la Historia desempeñan un papel preponderante en nuestra conducta cotidiana: nos proveen de referencias y de contexto y de conversación prestigiosa y de sensibilidad demostrada, pero carecen del golpe estimulante, de la afirmación nítida, de la convicción que se derrama como un tranquilizante y un energético, una decisión y una abstención; carecen de las virtudes y las fuerzas recónditas y públicas que un grito, un simple

¡VIVA MÉXICO!

es capaz de acumular.

*La tierra y su plenitud,
el mundo y los que en él habitan*

Principia la invasión de los estados del sol por los estados de la luna. Y el Observador siente que la idea de energía es omnipotente, omnipresente. Combustión, Om, satori, fuerza, poder, dominio. El retorno al culto solar deviene como un trance, una operación que anhelaría el calificativo de mística. No porque se aspire a revivir (o se pueda recrear) el rito ancestral; no porque se niegue o se denuncie la existencia de Dios, sino porque se ha establecido la comunión que es comunicación. Panteísmo, tal vez. Comunión con las ondas, con la Onda. Se transmiten —aunque el Observador no pueda captarlas ni acepte que se emiten— se transmiten las ondas y los chavos acceden al viaje, deseando que les prenda, que los eleve. La exaltación es el ascenso.

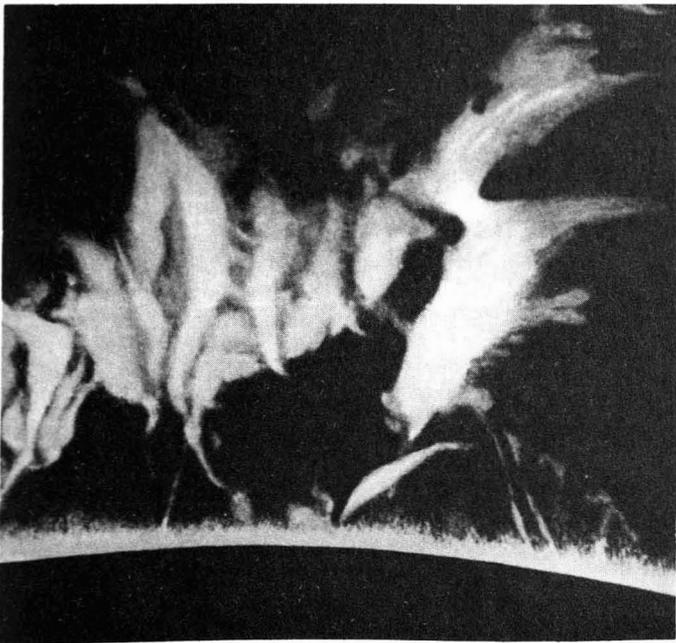
No hay grito. No hay problemas, todo irá bien en esta caldera celeste que mezcla fórmulas del budismo zen y recuerdo de versos de Blake y Paz y citas de Burroughs y de Ginsberg y las profecías de Rodolfo Benavides y el Libro Tibetano de los Muertos y el Retorno de los Brujos y Aldous Huxley y Michaux y Artaud y las prisiones de Timothy Leary y a lo mejor nada de lo anterior ha sido leído o se ha sabido, pero qué importa. No hay fijón, maestro, no hay fijón.

Simón, simón. Y la hora que los mayas llamaban “de la castración del sol” descende inexorable. Y a lo largo de las playas y en los cerros y en los cientos de pueblos de la franja beneficiada con el esplendor del eclipse y en Puerto Ángel y en Zihuatanejo y en San Andrés Tuxtla y en Pinotepa Nacional y en Monte Albán y en la ciudad de Oaxaca, se dispone la gente, confusa, alborozada, inquieta. Y en Miahuatlán se aglomeran en torno del Dr. Arcadio Poveda y el Dr. Méndez y de los otros científicos, anhelando, exigiendo explicaciones. Siglos de una minoría racionalista que nada explicaba a una mayoría supersticiosa, décadas de positivismo instauradas a partir de una decisión pedagógica totalizadora, ni han enfatizado el miedo ni han ahuyentado el temor. ¿Cómo hubiesen contemplado Don Justo Sierra, fundador de la Universidad y Don Gabino Barrera fundador de la Escuela Nacional Preparatoria, el eclipse? *Orden y progreso.* ¿Cómo lo hubiese contemplado Quetzalcóatl? ¿Y cuál es el aspecto externo de las profecías, cómo se distingue a una profecía de una conjetura? Quienes leían su derrota inminente en los signos de los astros, construyeron a través de cometas, eclipses y otros augurios menos hollywoodenses su visión de los vencidos. Y tal vez allí están, cerciorándose, oteando, calándose esas gafas precarias compradas en los supermercados, asegurando esos trozos de radiografías, los emisarios de Moctezuma,

los aliados del Aguila que Desciende, los brujos y los tlatonanis derrocados. ¿Por qué no habían de estar, por que no habían de contemplar los augurios que anuncian la extinción de un imperio?

Tonatiuh Cualo

*Cuando esto acontece (el sol) se muestra muy rojo; ya no permanece quieto; ya no está tranquilo; sólo está balanceándose. El eclipse avanza hacia su culminación. Y uno de los chavos al lado del Observador, luego de proferir los adjetivos que hacen tolerable una visión última, repite compulsivamente, con ese instinto reiterativo que engendra las causas trascendentes o las telecomedias: "A mí lo único que me importa es tirar la Onda." Él, por su parte, tira la neta, se expone. Los viajes que acompañan al eclipse acceden a su punto climático. Las palabras se han ido amortiguando, se encogen, disminuyen, desaparecen. Las putas han dejado de chillar. Y el Observador no debería divagar, no debería estar redactando (así sea a posteriori) algo parecido a una crónica. Le corresponde ensimismarse, zambullirse en algo, hacia algo. *Se amarillece mucho. En seguida hay bullicio; se inquieta el hombre; hay alboroto, hay trastorno, hay temor, hay llanto.* No hay profesionalismo o amateurismo que exima del error de provocar explicación alguna a través de las sensaciones. Y de golpe, los informantes de Sahagún son desplazados y *el un día emite palabra al otro día y la una noche a la otra noche declara sabiduría.* ¿Quién convocó a las palabras bíblicas? Los salmos memorizados en esa infancia protestante del Observador retornan y se propagan como la fe que en memoria se confunde con las mañanas de la Escuela Dominical y las agresiones precuménicas de sus condiscípulos. *No hay dicho ni palabras, ni es oída su voz.* Los versículos de David matizan el instante, con ese fervor doloroso que una mirada protegida por unos lentes rápidamente ahumados usa al describir lo que recibe. *Por toda la tierra salió su hilo, y al cabo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol.* Las sensaciones se afinan, se prolongan, se detienen. Los versículos tantas veces oídos y dichos con premura se intensifican y el Observador los toca como si se acuñasen por vez primera,*



como si el golpe de la vista atendiese una conflagración y un recinto tomado y una casa puesta en marcha por la fuga de sus dueños y un sol momentáneamente vencido y una infancia donde esas palabras cobraron un aire de atmósfera vital antes de transmutarse en educación literaria. *Y él (el sol) como un novio que sale de su tálamo, alégrese cual gigante para correr el camino.* La pátina es lo que permanece; el efecto del tiempo, la dignidad del tiempo sobrevive a las cosas sobre las cuales se deposita. El eclipse va a adquirir en unos minutos más su intensidad y el Observador, en un afán de reconstruir toda su experiencia visual, toda su maña y su práctica en materia de transas sensoriales, advierte que de las sensaciones sólo le queda la pátina: esos adjetivos brillantes, que se aplican para dar un tono de fulgor, una garantía de lumbre; esas imágenes contrastadas de naturalezas absolutas que al dar la vuelta a la página se tornan reportajes sobre los niños de Biafra. *Del un cabo de los cielos es su salida, y su giro hasta la extremidad de ellos. Y no hay quien se esconda de su calor.* La tierra está adquiriendo esa frialdad previa, premeditada, visceral, que anuncia un estado de ánimo intermedio o nuevo: ni melancolía, ni gozo, ni tristeza, ni júbilo, ni desesperanza, ni indiferencia, ni admiración, ni rechazo, ni algo que no sea el azoro de quien usa el estupor como tregua, como intermedio de donde partirá a su verdadero destino, ese destino donde las sensaciones conocidas se quiebran. Y la gente tira la onda, y el Observador, tan incapaz de entender o vivir el significado de acciones que no comparte, se declara azotado: él ha vivido antes el eclipse, lo ha degustado en sus lecturas previas; lo ha fijado en sus ideas inmóviles sobre la potencia de la Naturaleza traducida en actos excepcionales; lo ha tasado según su esquema funcional y moderno de la vida donde las cosas no suceden: simplemente se acomodan.

No hay dicho ni palabra, ni es oída su voz

Y la invasión ejercida por la luna se acrece, se extiende, sojuzga. Y la sombra se va generalizando, otorgándole a la tierra, entre otras cosas, la cualidad evocativa de un momento del día que aún no se inventa, equidistante del amanecer y el ocaso, del mediodía y el anochecer. Es ese momento al que acudirían en demanda de paisaje todos los sucesos excepcionales, las quiebras históricas, las tragedias impunes, las decisiones que estallan como el fin de una era. En ese momento se han fraguado las caídas de los imperios, los asesinatos que insisten en la legitimidad de las tiranías, los gestos románticos y las cobardías precedidas por transfiguraciones, los milagros y las explicaciones científicas del poder curativo de la histeria. El eclipse ha descubierto las tonalidades luminosas, el aspecto entre desolado y pletórico, del instante del día en que, idealmente, se cometen las grandes traiciones y se inician las conclusiones de una época. Algo empieza a morir: que lo registre esta luz; algo se va a decidir que afectará nuestra existencia: que lo capte y lo difunda este sol humillado, esta discreción de la suprema derrota. Un



general se dispone a partir hacia un mítin estudiantil en una plaza pública; un aviador acude a liquidar una guerra en oriente, un exaltado afina su revólver para aguardar el pso del carruaje de un príncipe. Y la luz del eclipse envuelve a todos en su decisión de ensayo general del apocalipsis, todavía sin el vestuario del día del estreno.

Palabras, palabras. Y se va extendiendo en el orden verbal, en el orden de la captación simultánea de las perspectivas que las cosas encierran, el cotorreo. Al Observador la voz "cotorreo" hasta hace poco le parecía enormemente desagradable, vulgar, de almuerzos rápidos y murmuraciones sobre el estencil y sketches de TV. Y he aquí que de pronto, lo ha aceptado sin rebeldía posible. Porque aquí no interviene la triste, famélica práctica de "cotorrear el punto", la exaltación de la jerigonza como idioma. No es asunto de parlotear o abundar en relación a lo ya dicho o deshilar una plática de aquí al infinito del siguiente encuentro. Para la gente de la Onda, que ahora contempla esa semipérdida del sol, *cotorrear*, y el calificativo es terrible, arduo de concebir, atroz y verdadero, cotorrear es un acto metafísico. Tiemblan, desde sus nichos, Santo Tomás y Kant. E pur si muove. Porque el cotorreo es un acto ontológico, un compromiso del Ser que no conversa sino que abandona a las palabras para acercarse a su naturaleza esencial. O por lo menos, así lo palpa el angustiado Observador, ya sin sentido del humor, aferrado a su identidad individual mientras, frente al eclipse, los pronombres posesivos desaparecen. Él tiene la impresión de que para estos chavos el mundo y el eclipse se han convertido en extensiones de sus cuerpos, o de sus mentes. Y el Observador reza, en voz baja, la única oración que le es posible: *Barbara, Celare, Darii, Ferio, Cesare, Camestre, Festino, Baroco*. El fluido parece ignorar su tímida voluntad de razón. En esas playas, las palabras o las casi palabras o las no palabras aferran en su pico una situación y la dejan intacta luego de examinarla o la desglosan o la abordan a la luz de una risa, de una ojeada, de un guiño, de una frase que el Observador —tan square— trata vanamente de escudriñar: *¿Qué onda, qué onda?*

Pasión dedicado a Onofre y chavos que lo acompañan.

No hay pedo: no hay problema, no lo puede haber en este viaje comunicativo, en esta premonición de un festival masivo que algún día algún siglo se efectuará en México, sin suspensión posible a última hora. *No hay pedo*: esa fórmula esencial del rechazo de las mortificaciones de la carne, ese exorcismo de quienes habitan las márgenes de la abundancia elemental de nuestra Sociedad de Consumo, se amplía como un testimonio o una sacralización: *no hay pedo*: si abandonas la escuela, si careces de em-

pleo, si tu familia te fatiga y te friega, si te robaron lo poco que traías, si no sabes cómo regresarte, si no traes un quinto en la bolsa, si tus antiguos amigos no te pelan. Nunca hay problema. ¿Para qué el irigote (la exageración)? ¿Para qué el iris, los viajes y las gesticulaciones excesivas, no solicitadas? La irigotera, suma de irigotes, es patrimonio de los chavos lentos, de los que nunca toman su tiempo, de los que usan su tiempo como si se tratase de un vehículo, una maquinaria que traslada de un lugar a otro, que te lleva de la juventud a la madurez a la senectud y finalmente se descompone. Se azotan. Toma mi ejemplo: yo era... y la autobiografía se expande en datos concéntricos, se desliza entre la corriente de calles de clase media de escuelas de provincia, de padres severos y madres afligidas, de educación estricta y religiosa que indica el puntual cumplimiento del deber para con la Virgen y para con la Patria. Es una autobiografía azarosa la que, con ademán didáctico, narra en la playa ese chavo de la expresión incierta: allí está ya, apareciendo en la cresta de este relato tan íntimo y tan colectivo, tan de uno y tan de todos, el viaje a San Francisco, el contacto con la onda de los gabachos, la imposibilidad de aceptarse como contador público, las primeras inmersiones en el rock. los primeros densos, álgidos días al borde de los discos oyendo sin límite, memorizando esas vueltas frenéticas, extendiendo la visión y el consumo del tiempo.

"El espectáculo es único —comentará horas después del eclipse un chavo que hace teatro—. Todos estos chavos juntos, lanzando ondas, prendidos. Era energía, pura energía. Nunca había pasado algo así en la historia de México. Todos estos chavos juntos."

Y el eclipse llega a su totalidad. Y durante tres intensos, concentrados, prodigiosos minutos no hay sol. Y retornan los augurios y las abusiones prehispánicas: *Levantán el llanto los hombres; se dan alaridos; hay gritos; hay grita; hay vocerío; hay clamor; se tienden los casca-beles. Son sacrificados albinos, son sacrificados cautivos. Se sangra la gente; se hacen pasar varas por las orejas y en los templos son cantados cantos floridos. Permanece el ruido. Permanece la grita. Así se decía: "Si acabase, si fuese comido el sol, todo oscurecerá para siempre, vendrán a bajar las tzitzimime, vendrán a comer hombres."*

Los informantes de Sahagún han cumplido con su deber. Allí está su relación de los hechos. El turno corresponde a los nuevos informantes, para que digan de la sustitución del vocerío, el alarido, el clamor. ¿Con qué se ha reemplazado el desafuero, la incontinencia? Con la mirada inmóvil, con el gesto vago, con la seguridad de que algo sigue pese a la desaparición del país, al escamoteo oficial de lo que era el principio de un país. Se integran el grito primitivo y el silencio contemporáneo: son la misma respuesta, la fiesta única en honor de la portentosa hazaña de la luna. *Hay grita*, dice Sahagún. *No hay grito*, replica la Onda. Y en ese griterío del pasado, en esa fiesta sacrificial de la sangre y el alarido que se asocia y se funde con el silencio extraído de todas las piezas de rock y todos los Koan que te preguntan por tu rostro original antes de tu nacimiento y todos los rechazos del Sistema, se va erigiendo la visión definitiva del eclipse, tres minutos quizás que se enardecen hasta la incandescencia.

